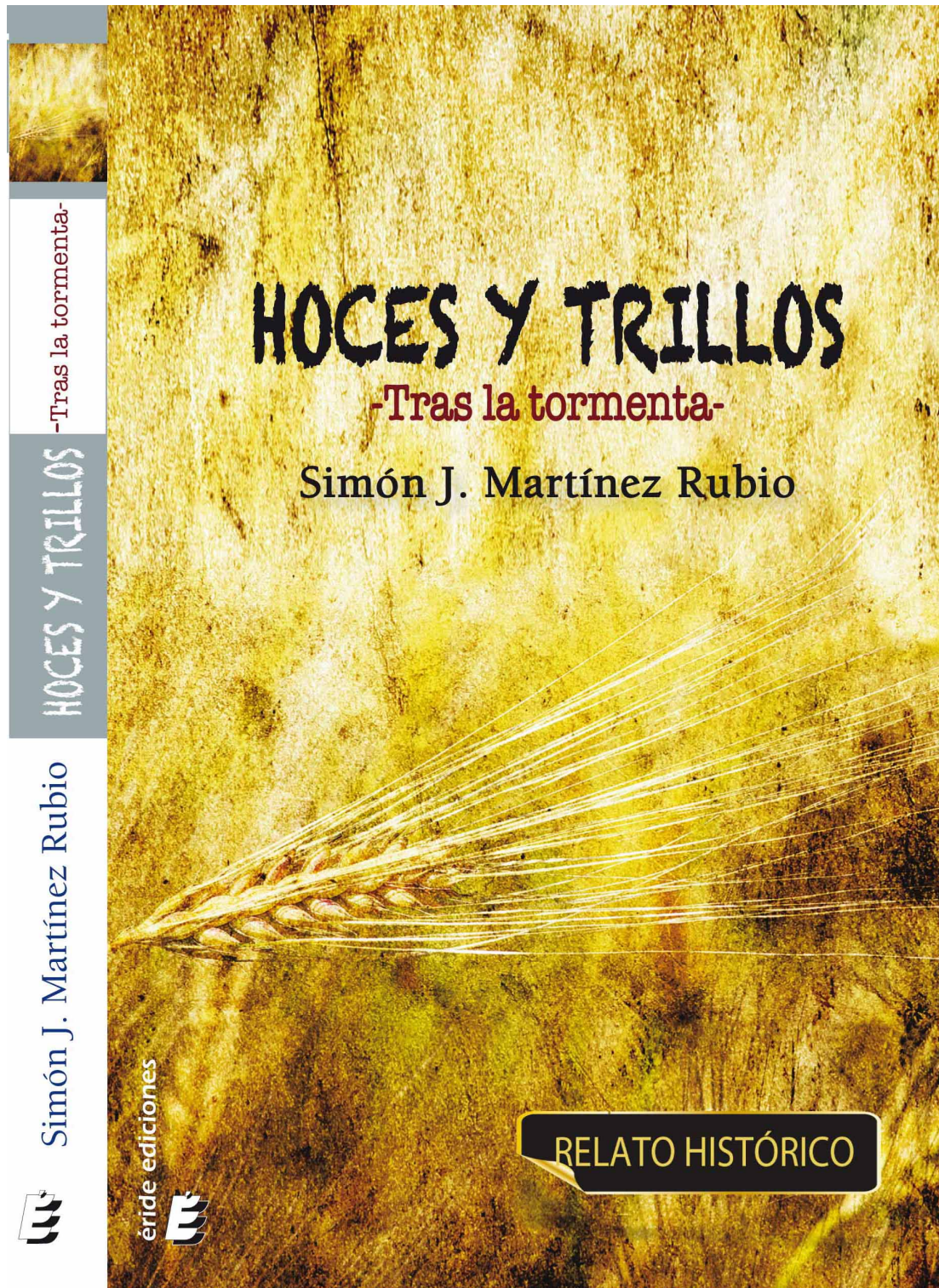


Capítulo 4 de HOTES Y TRILLOS -El amor de Rosalía

Simón José Martínez Rubio



Capítulo 1

HOCES Y TRILLOS
Relato histórico novelado

"Confesiones II"
Simón J. Martínez R.
Copyright: Simón J. Martínez Rubio, 2.017

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual y futuro.

Dedicado a: mi familia y a mis numerosos amigos que me han animado, casi exigido, escribir esta obra.

ÍNDICE:

- 1- Pintan bastos.
- 2- Tierra agradecida.
- 3- El hogar soñado
- 4- El amor de Rosalía.
- 5- El Bañezo.
- 6- Quién manda aquí.
- 7- Angelito de Lianina.
- 8- Salvar el pellejo.
- 9- Sobresaltos en la noche
- 10- El guarda jurado.

11- La Peña. El Toro de la Vega.

12- La Academia.

13- Dulce Navidad.

14- Génesis de una vocación.

4.- El amor de Rosalía.

Durante un recreo de invierno, mientras miraba desde la explanada del palacio hacia el empedrado, vio subir a su hermana mayor empujando la bicicleta con las lecheras llenas. No era la primera vez que la veía así, o a alguna de sus otras hermanas, porque nadie era capaz de subir sobre la bici cargada por una cuesta tan empinada. Era pues normal verla sudorosa y arrebolada. Pero lo que le sorprendió fue oír cómo la piropeaban unos mozos desde el otro lado del palacio:

–¡Qué chica tan guapa tiene el señor Camilo! –exclamaba uno.

–Claro, como que es la más guapa del pueblo, vamos, ya lo digo yo...

–Rubia, bombón, acércate p'acá pa verte mejor.

–¡Y qué fuerte y garbosa que es...! ¿Quieres que te ayude, guapa?

–¿Por qué te dicen eso, Lía?

–Porque los mozos son así. Siempre van detrás de las chicas.

–Pues te esperaré y me pondré a tu lado, porque así se callan.

–No te preocupes; otros días son Tori, o Samu, o Vero quienes suben la leche.

–¿Y a Tori y a Vero también les dicen lo mismo?

–No. Ellas son más jóvenes; y, si andan buscando novia, les parecerán demasiado crías.

–Pues se lo diré a mi padre y les dará un escarmiento.

–No, Pedrín. Si no son estos, serán otros mozos; pero los mozos siempre van detrás de las chicas.

–Pero a ti te molesta.

–Sí; si están así, en grupo. Si alguno me saca a bailar en el salón o me invita a una leche merengada o así, es diferente... mientras no se pase.

–¿Cómo se puede uno pasar?

–Ya lo sabrás cuando seas mayor. Es cosa de mozos y mozas –zanjó, y no quiso decirle más.

Desde aquel día, Pedro solía hacer guardia por allí, durante el recreo, y ver quién subía la leche. Tenía razón su hermana: aunque tanto Victoria como Verónica eran también muy guapas, nadie se metía con ellas; sólo si subía Rosalía. Pero callaban cuando veían que Pedro corría a acompañarla. Pensarían que, si el niño se chivaba a sus padres... a saber, podrían ponerse en contra de una posible relación.

Pocos días más tarde, volvió a comprobar la admiración que su hermana mayor suscitaba entre los mozos, y de uno en particular. Era domingo, y ella caminaba por la plaza con sus amigas charlando y riendo, cuando un mozo bien majo, que reconoció como uno del grupo del palacio, volvió a repetir parecidos piropos como explicándoselo a... nadie; porque estaba solo, apoyado en una columna a la espera de verla pasar.

–Mira que es guapa la hija del señor Camilo... rubia como un ángel... y qué salero que tiene... Deja que te invite a algo, iguapa, bombón!

Algún tiempo más tarde, oyó comentar por casa que el mozo se llamaba Bernardo, o Nardo, y que era de Alija de los Melones (actualmente, Alija del Infantado). Coincidían en que era guapo, educado, de buena familia, un buen partido, y que le había pedido a Rosalía hacerse novios. Ella parecía hecha un lío; Pedro lo supo porque escuchó un día a sus dos hermanas mayores hablando como en secreto en el pasillo que daba al lagar, lejos de todos. Se ocultó detrás de una de las columnas del corral, y aguzó el oído:

–El caso es que es guapo, y muy bueno conmigo –confesaba Rosalía.

–¿Pero tú le quieres?

–Yo qué sé, Tori; soy demasiado joven para pensar en esas cosas.

–No tan joven, ya tienes diecinueve años. Yo sé de alguna moza que se ha casado a los dieciocho.

–Ya, porque se quedó embarazada en seguida.

–E hizo bien, porque sus padres se oponían y era la única manera para casarse con él.

–Bueno; pero Nardo va muy deprisa, y quiere venir ya a pedir mi mano.

–¿Pero tú le quieres? –siguió insistiendo Victoria.

–Sí, sí, sí que le quiero; y él es muy educado, y bien guapo, y me gusta mucho, mucho... Y baila muy bien, y me invita a lo que quiera, y no es de los que se sobrepasan.

–Pues no seas tonta y no le des calabazas; a mí también me gusta, y no creas que sobran chicos guapos y buenos por ahí, que los hay más brutos que un arao.

–Ya, pero es que... tanto como venir a pedir mi mano... –siguió ella, confusa y dubitativa.

Pero el cura no le preguntó nada de eso. Le pidió recitar una poesía que había aprendido sobre la importancia de comulgar los siete primeros viernes de mes para ganarse el cielo de forma segura. Le salió toda de un tirón, casi sin embrollarse.

Aunque, al terminar la ceremonia, su preocupación era si no habría cometido sacrilegio, porque se le había pegado la sagrada hostia al paladar y tuvo que moverla con la lengua para tragarla.

Siguieron el succulento desayuno y los abrazos, besos y felicitaciones de todos los que abarrotaban el salón de casa. Luego tuvo que peregrinar, guiado por su madre y Victoria, para visitar a todos los vecinos, amigos y familiares, con su traje recién estrenado, su pequeño misal Regina de tapas de nácar, y su rosario blanco: él entregaba un recordatorio, recibiendo a cambio un regalo o una propina, tras el comentario de lo guapísimo que estaba. Era la tradición, y motivo de orgullo: no para él, que no sabía ni qué decir y se sentía cohibido; pero sí para su madre y su hermana, orgullosas de lo que oían decir.

Después del acontecimiento, Bernardo entraba en casa casi cada día, y salía a pasear con su hermana. <<Vaya, ya habrá pedido su mano... ¡Cuánto me hubiera gustado ver cómo se hace eso!>>, pensaba. Se les veía tan alegres y felices juntos... Además, Bernardo solía comprarle

helados o churros, o lo que quisiera, cuando se cruzaban por la plaza.

Atando cabos de fragmentos oídos a sus hermanas, construyó la esencia de su noviazgo y cómo debió suceder la decisión de boda:

–En menos de un mes te la quito, macho –alardeaba otro mozo de sus compañeros.

–Calla, bocazas. Ella me quiere a mí; a ti ni te mira.

–Pues vete con ojo, porque la moza nos gusta a todos los del pueblo.

Para desesperación de Bernardo, Rosalía no parecía tener prisas. Así que, un día, tras bailar en el salón, la llevó a un lugar tranquilo bajo los soportales y le abrió su corazón.

–Lía, te quiero mucho; no imaginas cuánto –le susurró mientras trataba de estrujarla.

–Sí, yo también te quiero a ti –trataba ella de evadir el acoso.

–Eso dices, pero no te decides... y hay muchos mozos que van detrás de ti, ya te lo digo yo. Y no puedo seguir así, con tantos moscones alrededor, a ver si me entiendes...

–Yo te quiero sólo a ti, te quiero mucho... Pero eso de casarnos, así tan deprisa, me asusta un poco.

–¿Es que tienes alguna duda? Vete tú a saber si no te gusta algún otro chico y, a mis espaldas, a saber...

–No, eso sí que no: sólo te quiero a ti, te lo juro.

–Pues ya está. Es lo que digo yo, porque esto es un sinvivir: nos casamos mañana mismo.

–¡Hala, exagerado! Con la de cosas que hay que preparar antes de una boda.

–Hasta fin de año, Lía. No aguanto más. Di a tus padres que voy a ir a pedir tu mano.

Rosalía no supo qué objetar. Se abandonó en sus brazos, se besaron tiernamente y se repitieron lo muchísimo que se querían, y más cosas que Pedro no acertaba a entender.

Lo que siguió, o cómo pidió su mano, nunca se lo contaron; pero lo cierto era que, desde su primera comunión, todos consideraban a Bernardo

como uno más de la familia.

Y lo fue de forma oficial: concretamente el uno de diciembre de 1951, sólo unos días antes de cumplir Rosalía sus veinte años, y él ya con veinticuatro.

Comió y bebió más de lo que debieron permitirle; pero, ¿a quién le importaba en unos días como aquellos? Tampoco parecía hacerle daño; al contrario, muy galante él, sacó a alguna de sus primas o vecinas a bailar. Pero le podía el sueño mucho antes de la medianoche, y se retiraba a casa a dormir, mientras la fiesta seguía en todo su apogeo.

La nueva pareja se instaló en una de las dos alas del segundo piso, encima de los graneros. Entre Rosalía y sus hermanas habían arreglado aquella zona con esmero desde meses atrás: todo bien bonito y acogedor; sólo que no tuvieron mucho tiempo para disfrutarlo.

–Oye, Juanón, ¿qué es eso que me han dicho, que tú has dicho que te ibas a ir? ¡No, Juanón! no puedes marcharte precisamente ahora, y sin avisarme con tiempo.

–Es que no tengo más remedio, don Camilo.

–Ahórrate el ‘don’, hombre, que ya hace mucho que nos tratamos de tú a tú. Pero si quieres decirme algo, dímelo a la cara.

–Es que todavía no es del todo seguro, y quiera Dios que no lo sea... Pero sí que tengo un problema gordo.

–Gordo y feo tiene que ser para ocultármelo a mí de esa manera.

–Sí. Y muy triste... Tanto, que nos puede obligar a marchar, aunque aquí nos hemos sentido siempre como de la familia.

–¿Y qué cosa es ésa?

–Mi hermano se muere. Es el que cuida de mis padres y del huerto que tienen.

–Lo siento mucho, Juanón, no sabía nada. ¿Qué le ha pasado?

–Un parálisis de muerte. Le han llevado al hospital de Valladolid; pero ayer fue mi mujer a verle y dice que está muy mal, y que puede morir en cualquier momento.

–Pues perdona, Juanón; de haberlo sabido...

–Es que no he tenido tiempo. Sólo le dije algo a Pardalero ayer, mientras roturábamos juntos. Se lo contó él, ¿verdad?

–Sí, pero no me dijo nada de lo de tu hermano; sólo que querías marcharte.

–Yo no me quiero ir. Pero es que mis padres son muy mayores. Mi hermano pequeño cuidaba de ellos y de todo lo suyo. Pero si falta él, sólo estoy yo para cuidarles... –había brillo de humedad en sus ojos.

–El deber es el deber, Juanón. Todos sentiremos tu marcha; pero tú ya sabes que aquí tienes tu casa para cuando quieras –intentó consolarle, enternecido.

–Lo malo es que mis padres nos necesitan con urgencia. No encontraba la manera de decírselo a usted...

–Pues ya lo has hecho; y hubiera preferido que fuera por cualquier otro motivo. No te preocupes, que ya nos arreglaremos. Tú cumple con tu deber, y vete cuando quieras.

–Gracias, Camilo, muchas gracias.

–De nada, Juanón, no faltaría más...

Triste asunto, sí; porque su hermano Herminio era demasiado joven para morir así, joven y sin posible apelación. Hubo lágrimas y lamentos. Pero Juanón tuvo que abandonar su puesto de casero un día después de enterrado su hermano. Ello suponía reorganizarlo todo: el roturado, atender a los animales, el ordeño dos veces al día, y mil labores más. Fueron el señor Camilo y Victoria los que hicieron de caseros durante dos semanas.

Hicieron correr la voz de que buscaban un casero; pero, bien lo sabían, era un puesto de máxima responsabilidad, y no podían correr el riesgo de equivocarse. Aunque Camilo tampoco podía seguir allí, con tantas otras gestiones que le reclamaban. Así que, como solución provisional, pidió a la nueva pareja que se instalara en la finca e hicieran de caseros mientras seleccionaban al nuevo. No les entusiasmó, pero lo aceptaron esperando que fuera por poco tiempo. Poco habría de ser, porque Rosalía se quedó embarazada enseguida; y no parecía recomendable que vivieran tan lejos. Así que la selección de un nuevo casero se convirtió en prioritaria.